

A medida que las casas quedaban destruidas y sus restos volaban por los aires, la gente trataba de aferrarse con desesperación a un trozo de aquel banco de arena que desaparecía. En el Hotel Tremont, situado en uno de los puntos más altos de Galveston, se habían refugiado unas 1000 personas mientras pasaba la tormenta. Poco después de las 5:00 de la tarde el agua comenzó a invadir la rotonda del hotel, y una hora después, el mostrador de la recepción quedó sumergido y la multitud huyó en tropel al mezzanine. Las ventanas de la fachada se rompieron y el techo se desgajó, pero el edificio y la gente

que estaba dentro sobrevivieron.

No todo el mundo tuvo esa suerte. Alrededor de las 6:30 de la tarde un golpe de mar arrojó más de un metro de agua sobre la que ya cubría la isla, como anticipo del ojo del huracán; muchas casas que habían resistido a la tormenta se derrumbaron en pocos minutos, matando a sus moradores. Una hora después, la casa de los Cline, única que quedaba en pie en ese sector, fue blanco de una enorme sección de algo que había sido una plataforma de tranvía; este despojo se estrelló contra la casa como si hubiera sido un ariete de de-

molición. Isaac perdió el conocimiento durante unos instantes pero volvió en sí y se puso a salvo junto con la menor de sus hijas. Joseph tomó a sus otras dos sobrinas y salió estrellándose contra el vidrio de una ventana. Ambos hermanos y las niñas se salvaron trepando de una masa de despojos flotantes a otra, pero la esposa de Isaac y casi todos los que se habían refugiado en esa casa murieron.

El barómetro, después de haber marcado una cifra bajísima (72.23 cm) hacia las 7:00 de la tarde, comenzó a subir de nuevo. A las 10:00 el ojo del huracán había alcan-

zado tierra firme a unos cuantos kilómetros al suroeste de Galveston, y los vientos, que entonces soplaban del sur, habían perdido fuerza. Alrededor de medianoche, la pleamar, que había alcanzado 4.63 m por encima de lo normal, comenzó a descender, pero no sin antes arrancar algunas casas de sus cimientos.

Con las calles llenas de cadáveres y escombros, tras el huracán Galveston ofrecía un espectáculo aterrador

Al amanecer del domingo 9 de septiembre, Galveston fue saludada por un cielo despejado, un mar en calma y una destruc-



La furia del huracán convirtió algunas partes de Galveston en un inmenso mar de escombros, donde pocos edificios permanecieron en pie (arriba). Los miembros de una cuadrilla de descombro (izquierda) interrumpen un instante su triste labor para posar ante un fotógrafo.

ción inconcebible. En algunos sectores, prácticamente no quedaba en pie ni un solo edificio; las pérdidas en propiedades fueron calculadas en 20 millones de dólares (y dólares de 1900, antes de la inflación). Todavía peor era la cifra de muertos, mayor que en cualquier otro desastre natural en la historia de Estados Unidos. Tan sólo en Galveston murieron unas 6 000 personas, de una población calculada en 37 700; también perecieron entre 4 000 y 6 000 habitantes de la franja costera de Texas. Cientos de personas que se habían guarecido en las iglesias murieron al derrumbárseles encima; en el hospital de Galveston perdieron la vida más de 100 pacientes, lo mismo que 88 de los 90 niños que había en el Orfanatorio St. Mary. Pero también se dieron numerosos casos de pasmosa supervivencia. Las aguas arrastraron hasta el mar a una mujer metida en su tina de madera y la devolvieron a tierra, no muy maltrecha, con la marea matutina. Y no lejos del orfanatorio, fue hallado un bebé cuyos padres, desesperados lo habían clavado de una muñeca al techo de la casa; en forma milagrosa, el bebé sobrevivió a todo aquello.

Para los afortunados que habían salido con vida, la comida, el agua y las medicinas eran escasas, y resultaba casi imposible cruzar la ciudad. Pero si la desolación de Galveston era grande, no era menor la fuerza de voluntad de sus habitantes. El domingo por la tarde se formó un Comité Central de Auxilio. Algunos voluntarios agenciaron uno de los pocos barcos que aún estaban en condiciones de navegar y partieron

hacia Houston para pedir ayuda. Todos los hombres físicamente aptos fueron alistados en cuadrillas de descombro e incineración. El jueves 13 de septiembre se implantó la ley marcial y se dio orden de disparar contra los saqueadores; de uno de los seis que murieron de esta manera, se dijo que llevaba en sus bolsillos 23 dedos con anillos, que había cortado de otros tantos cadáveres. Las noticias que llegaron a Galveston estremecieron al país y provocaron un alud de donativos, provenientes también de otras partes del mundo, que permitieron al Comité de Auxilio proporcionar alimentos y ayuda durante muchos meses.

Un año después del huracán, la economía de Galveston había revivido y el gobierno hacía planes para construir un muro de protección a lo largo de 5 km de la costa del Golfo. Esta notable hazaña de la ingeniería se inauguró en 1904 y desde entonces se ha ampliado hasta abarcar 16 km. Después de construido el muro, se elevó el nivel de la ciudad —más de 5 m en algunos lugares— mediante el bombeo de millones de metros cúbicos de arena hasta rellenar una superficie equivalente a 500 manzanas de casas pero antes de ello hubo que levantar por medio de gastos 2 156 edificios —entre ellos, la iglesia de San Patricio, que pesa 3 000 toneladas—, uno por uno. Todo ese extraordinario esfuerzo bien valió la pena: en nuestro siglo, Galveston ha sido alcanzado por media docena de huracanes potentes, pero nunca más la pérdida de vidas y propiedades se ha acercado siquiera a la terrible devastación de 1 900.



La Cruz Roja compartía su oficina central en Galveston con el World de Nueva York, diario que patrocinó el viaje de Clara Barton a la asolada ciudad.

LA CRUZ ROJA AL RESCATE

Para Clara Barton, anciana de 78 años de edad y fundadora de la Cruz Roja Nacional Estadounidense, las noticias del huracán de Galveston llegaron como “el tañido de la campana de incendios”. Acompañada por unos cuantos directivos de la institución, llegó a Galveston el 15 de septiembre y halló que la ciudad tenía ese “tufo peculiar de la carne quemada”. Aunque cansada y enferma, Clara Barton lanzó un llamado de ayuda y comenzó a supervisar la distribución de dinero, alimentos, ropa, madera y herramienta.

Permaneció en Galveston alrededor de dos meses, que señalaron el final de su participación directa en labores de auxilio, carrera altruista que había iniciado en los campos de batalla de la Guerra de Secesión y que condujo a la fundación de la Cruz Roja de ese país en 1881. Al año siguiente, logró que el Congreso ratificara la Convención de Ginebra sobre el trato a heridos y prisioneros de guerra. Redactó una enmienda a dicha convención, con lo cual amplió el campo de actividades de la Cruz Roja permitiéndole brindar auxilio en tiempo de paz. Fue presidente de la Cruz Roja Estadounidense hasta 1904, pero una prolongada disensión con la junta directiva de la Cruz Roja ocasionó su renuncia. Clara Barton murió en 1912.